

**QUE
NO VAYAN
A POR TI**

RPM
STEREO

CARMA
HI-FI

**JORDI SIERRA
I FABRA**



GRAN
ANGULAR

Que no vayan a por ti

JORDI SIERRA I FABRA





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-326-0

Depósito legal: M-1946-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Solo porque seas un paranoico,
no significa que no vayan a por ti.

Territorial Pissings,
de KURT COBAIN, Nirvana

Cuando el técnico de control le hizo la señal, Octavio volvió a hablar.

«Ya lo sabéis: los próximos días 27 y 28, Bruce Springsteen vuelve a pasarse por aquí en dos conciertos más de su torrencial gira europea, aunque para nosotros no serán precisamente dos más, sino “los conciertos”. No olvidemos el amor que el Boss ha declarado siempre a Barcelona, una de sus ciudades fetiche. ¡Tenemos dos citas ineludibles! ¡Todavía quedan algunas entradas para el segundo! ¡Reventaremos el Estadio Olímpico una vez más! Y, por si no tenéis bastante con Bruce, recordad que dos semanas después tendremos también a *mister* Premio Nobel de Literatura: ¡Bob Dylan! Para su macroconciertazo en el Palau Sant Jordi las entradas llevan meses agotadas –hizo una pausa, elevó la voz y añadió con más énfasis–: ¡Seguimos repasando lo mejor de la impresionante carrera de nuestro roquero de Jersey, en este especial dedicado a su figura! Y le toca el turno a... *Glory Days*».

Se apartó del micrófono mientras el técnico daba entrada al tema en las ondas, y examinó sus notas. Le quedaban pocos minutos, y quería cerrar con la excelsa *Born to Run*, canción que, pese al paso del tiempo, seguía siendo considerada la mejor canción de la enorme discografía springsteeniana. Lo malo era que *Born to Run* duraba un poco más de la cuenta, y sería imperdonable cortarla. Jamás se habría permitido tal sacrilegio.

–Carlos –llamó al técnico.

–¿Sí? –le respondió por el micrófono interior.

–Vamos a cambiar *Born to Run* por *I'm on Fire*, que es un pelín más corta; así ganamos unos segundos.

–De acuerdo –Carlos levantó el pulgar hacia arriba.

Octavio se concentró de nuevo en sus notas.

Unos pocos apuntes rápidos, para no olvidarse de nada. A fin de cuentas, se sabía la vida de Bruce de memoria. Y la de Bob. Y la de los Beatles, los Rolling, Jimi Hendrix, Janis Joplin y todos los demás.

—Octavio.

Levantó la cabeza.

No era Carlos. Era Miguel Ángel, uno de los que siempre estaban en todas partes, aunque nadie tenía muy claro qué hacía en la radio. Lo vio al otro lado del cristal que separaba la sala de control del estudio.

—¿Qué hay?

—Te esperan aquí afuera.

—¿A mí? ¿Quién?

Temerariamente pensó en una fan.

Temerariamente.

La respuesta lo dejó boquiabierto.

—La policía.

Miguel Ángel no era de los que hacían bromas. De hecho, no tenía sentido del humor. Era un tipo de unos cincuenta años, con cara de aburrido y ningún sentido musical. Si por él fuera, programas como el que estaban emitiendo serían barridos de las ondas.

Y todos los Octavios, condenados a trabajos forzados.

—¿Qué? —puso cara de estupefacción.

—Eso han dicho.

—¿Y qué quieren?

—Eso no lo han dicho.

—¡Joder, estoy en antena!

—Eso sí se lo he dicho —remató su trilogía de evidencias y preguntó sin mover un músculo de su cara—: ¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¡Nada, coño!

Miguel Ángel no le creyó. Según él, todos los roqueros iban eternamente fumados; tanto daba que fueran músicos o comentaristas, *disc-jockeys* o aficionados de diverso pelaje.

—¡Te digo que no he hecho nada! —gritó Octavio ante su silencio.

—Bueno, pues no parecen dispuestos a esperar mucho —le advirtió el portador de la noticia.

—¡Me quedan casi diez minutos!

—Pon un disco de diez minutos.

–¡Y una mierda! ¡Que esperen!

–Vale –se encogió de hombros.

Desapareció del control y dejó a Carlos solo al otro lado del cristal.

El técnico y Octavio se miraron desconcertados.

Se terminaba el disco.

Carlos le hizo una seña.

«Vamos ya con la recta final de nuestro programa, hoy dedicado enteramente a la figura del gran Bruce Springsteen –retomó el habla–. Como penúltimo paso, una de las canciones más hermosas, reposadas y líricas del álbum *Born in the USA*: nada menos que la conmovedora y suave “I’m on Fire”».

Entró la canción.

Pero Octavio ya no leyó sus notas.

Se quedó pendiente de la cabina de control, por si aparecían ellos.

Los policías.

No había hecho nada, pero se movió inquieto.

Empezó a sudar.

Y, por si acaso, repasó su andadura a lo largo de los últimos días.

No encontró nada.

–Mierda... –rezongó.

¿Una mala noticia?

Miró el móvil de manera nerviosa. Lo dejaba sin sonido cuando trabajaba. No tenía ninguna llamada perdida y tampoco mensajes. Además, no estaba seguro de que los policías fueran los encargados de avisar a la gente en el caso de un accidente familiar.

El disco llevaba menos de un minuto en antena cuando, finalmente, aparecieron en el control de la emisora.

Uno, trajeado, cara pétrea. El otro, más informal, con una cazadora negra y vaqueros. El primero lo miró a través del cristal. El segundo, que parecía no haber estado nunca en una emisora de radio, estaba más pendiente del entorno.

Octavio no esperó más.

Se quitó los auriculares, se levantó, salió del estudio y se metió en la puerta de al lado. Desde el pasillo, Miguel Ángel lo observó con aire de victoria, como diciendo: «Ya te han cazado, peludo».

–¿Sí? –se dirigió a los dos visitantes.

–¿Octavio Llorca? –le tendió la mano el del traje.

–Yo mismo –se la estrechó–. ¿Qué sucede?

–Inspector Miralles –señaló a su compañero–. Inspector Pons. Octavio también le estrechó la mano.

Bueno, parecían amigables.

La policía no daba la mano a los delincuentes. Les ponían las esposas directamente. Eso si antes no los apuntaban con una pistola o los reducían tirándolos al suelo.

¿O era que había visto demasiadas películas?

–Nos han dicho que es la persona que más sabe de música en Barcelona –dijo el inspector Miralles.

A Octavio se le descolgó la mandíbula.

¿Dos policías roqueros?

–Pues... No sé –se hizo el humilde–. Si lo dicen...

–¿Podría acompañarnos cuando acabe el programa? Nos han dicho que termina en pocos minutos.

–¿Adónde?

–Necesitamos a un experto en música.

Increíble.

–¿En serio? –miró a derecha e izquierda por si se trataba de una broma, aunque, si estaba metido Miguel Ángel, era raro que lo fuera–. No fastidie, oiga.

–Me temo que sí –mantuvo la seriedad Miralles–. Se trata de algo grave y urgente.

–Es que tengo un compromiso al acabar el pro... gra... ma...

Fue bajando el tono a medida que chocaba con la impenetrabilidad de los rostros de sus dos visitantes.

Ninguno de ellos habló.

–Vale; lo cancelaré –se rindió Octavio.

–¡Quince segundos! –le advirtió Carlos.

–¡Ahora vuelvo!

Octavio regresó al estudio. Tuvo el tiempo justo de cerrar la gruesa puerta que lo aislaba del exterior, sentarse en su silla y colocarse los auriculares. Con las notas finales del tema, el técnico de sonido le dio paso.

«¡Y terminamos por hoy! –le puso énfasis–. ¡Os dejo con la joya que encumbró a nuestro Boss y que ha seguido ahí, eterna, como estandarte generacional y bandera de su tiempo! ¡Octavio Llorca os ha acompañado y Carlos Suñer se ha cuidado de que esto lle-

gara en las mejores condiciones a vuestros oídos! ¡Hasta mañana, gente! *Born to Run!*».

Ahí estaba la E Street Band. Los cuatro minutos y treinta segundos más salvajes de 1975.

Era la primera vez que no la cantaba o tarareaba.

Octavio dejó los auriculares, cogió su cazadora y salió del estudio. Los dos policías ya lo esperaban.

–Vale –suspiró–. ¿De qué se trata?

